

lágrima tras otra sin extinguirse. También estas amargas lágrimas de la pobreza las recogió el colector y fué con ellas...

¿De quién procedían las recogidas de un joven solitario y viandante? Imploraban al cielo e intensas colgaban de las pestañas; no caían a la tierra; por el sentimiento de que estaban alimentadas al cielo pertenecían y empujadas por sentidas plegarias trataban de penetrar allí. Lágrimas del arrepentimiento son las que hacen salir las culpas estrujadoras del corazón del joven, y también éstas son dignas de ser recolectadas.

Numerosas clases eran las lágrimas recogidas por el mensajero invisible; muchas también las que no quiso recoger: pertenecían a las derramadas por la satisfacción, y las almas de donde nacían no necesitaban curarse; eran éstas las lágrimas de la alegría, del cariño risueño del íntimo agradecimiento, de la sagrada devoción... las lágrimas más nobles vertidas de ojos del hombre. Otras lágrimas corrían, las lágrimas impuras, miserables, dignas de destierro: nacían de la cólera, de la envidia, del lastimado amor propio. No las recogió el mensajero, igual que las nacidas de sentimientos dichosos. Sólo presentó al Soberano las lágrimas de los infelices.

Para ver la manera de que desapareciesen éstas y las que siguiesen derramándose reunió el Monarca a sus ministros y consejeros ante el trono. Cavilaron, pensaron, y no hallaron modo de lo que ya sucedido no hubiese sucedido, y por lo tanto, imposibilitados de extinguir las lágrimas. Triste se ponía el Rey al darse cuenta del fracaso de sus esfuerzos para borrar el dolor de su imperio. En esto, de lo más invisible del salón se desprendió el Tiempo y avanzó pausada y mesuradamente, acompañado de sus dos hijos, el Olvido y la Costumbre.

Y el Tiempo habló de esta manera:

—¡Oh, Rey, déjame viajar por la nación tuya y servir a tus súbditos con lo que yo puedo ofrecerles. Acaso no acepten a mi hijo mayor, es posible, pero el menor les dará consuelo, y ambos hermanos unidos contribuirán a la dicha de los habitantes de tu imperio.

Aceptó alegre el Soberano la proposición, y desde entonces es recorrido el mundo por el Tiempo, y de la mayoría de los seres va mitigando sus pesares.

J. VIDAL Y JUMBERT.



## La hora presente

«Por no considerar FUSILABLES en el siglo pasado IDEAS que producían hechos FUSILABLES, estamos padeciendo hoy las actuales conmociones que parecen cantos funerales sobre una civilización que estamos enterrando.»

(Del Eco de la Cruz, de Zaragoza)

Trasladamos a las columnas de la REVISTA VALLESANA estas áureas palabras del *Eco de la Cruz*, y las comentamos con efusión de ánimo, deseando que las lean y las mediten nuestros lectores.

La huera fraseología que abunda en nuestros días y la mucha hojarasca que la envuelve, hace que nos creamos en el mejor de los mundos, sin apercibirnos del abismo insondable que tenemos ante los pies.

En todo el siglo pasado, y aún en lo que va ya del presente, no ha tenido otra misión la prensa impía que la negación del dogma, (y este campo de acción lo halló indefenso por la reprochable incuria de muchos sedicentes católicos y hombres de bien), fomentando al mismo tiempo, los instintos depravados del hombre hasta que llegó éste a formar *su ideal en el placer; su trono en la injusticia; su ley en la fuerza bruta; su estado en la abyección.*

Lo vemos y lo palpamos sin que se pueda ocultar, que la vida de gran parte de los hombres de nuestros días, es puramente *vida animal.*

Crudas, o cuando menos adustas, son estas palabras; pero no podemos volver las espaldas a la realidad porque nos debemos a esta; ni estamos dispuestos a cargar con la responsabilidad de un silencio pecaminoso y antipatriótico, callando la verdad.

El pueblo ha carecido de ideales cristianos para vivir la vida del alma; ha debido vivir de las reservas heredadas de sus antepasados cuyo capital de espiritualismo ha ido mermando, hasta llegar a vivir no pocos vida material.

Al son de platillos cantó la prensa impía el *festín de la vida* convirtiéndola en una orgía; y ha llegado lo que era natural llegara bajo *ideal* tan grosero; la lucha de clases cazándose los hombres como fieras y matándose con el odio felino, de que son incapaces esas mismas fieras.

Por instigación diabólica se ha huído de la salvadora y benéfica doctrina de la Iglesia. Y como lógica consecuencia de ello, careciendo las conciencias del freno moral de la religión se han dado casos de odiosa *tiranía* en algunas de las